



CARTA PASTORAL

"SIN EL DOMINGO NO PODEMOS VIVIR"

**DIÓCESIS
DE IQUIQUE**

CARTA PASTORAL
“SIN EL DOMINGO NO PODEMOS VIVIR”

LA EUCARISTÍA EN LA VIDA DE LA COMUNIDAD CRISTIANA

Queridos hermanos y hermanas en la fe:

¡Que el Señor les conceda la paz!

1. Me da mucha alegría escribir esta nueva Carta Pastoral, que en esta oportunidad trata sobre el Domingo eucarístico, un día tan significativo en la vida de la Iglesia y para el mundo cristiano. En una cultura cada vez más secularizada y que frecuentemente nos pone obstáculos para encontrarnos como familia y como Pueblo de Dios que celebra al Señor, como Pastor diocesano deseo de animarlos a vivir más intensamente la vida eucarística y a valorar la importancia del Domingo como el día del Señor y de la comunidad.
2. Esta carta no pretende ser un desarrollo doctrinal sobre el Domingo y la Eucaristía. A quienes esperan eso, lo animo a que pueda leer y estudiar el Catecismo de la Iglesia Católica (CIC) y otros documentos de la Iglesia que abordan este tema con gran erudición. Su objetivo es que, en un espíritu de diálogo y de escucha en comunidad, nos reencontremos con la Eucaristía como un misterio central de nuestra vida cristiana. Para facilitar este caminar juntos, la primera parte de la carta sigue la estructura propia de la Misa y le asiste como clave teológica el propósito de hacer dialogar lo cotidiano con la fe y la práctica eucarística. La segunda parte se enfoca en algunos aspectos de la celebración eucarística que considero importante de visitar en clave pastoral. Ambas partes están acompañadas de una serie de preguntas que invitan al diálogo fraterno, tanto dentro de la comunidad local como entre la comunidad local y el Pastor.
3. Espero que esta Carta Pastoral, ayude a redescubrir el Domingo eucarístico, como un regalo vivo que no solo nos sostiene, sino que también nos transforma y nos envía. Deseo, que cada Domingo sea una chispa de esperanza, un encuentro que nos haga decir con gozo: “Sin el Domingo no podemos vivir”. Que así sea, con la gracia de Dios y el amor fraterno y unidad de nuestra comunidad.

I. La Eucaristía como hospitalidad, acogida y memoria viva de la Resurrección (Los Ritos iniciales)

4. El domingo es el día en que nos reunimos como familia de Dios, para compartir la mesa de la Eucaristía, para compartir la vida y aquel que es la Vida, que es el corazón palpitante de nuestra comunidad creyente. Es un día de acogida, un espacio donde el amor de Cristo nos recibe tal como somos, con nuestras alegrías y tristezas; con nuestros afanes y luchas. Imaginen por un momento una casa con la puerta abierta, una mesa lista y un anfitrión que no pregunta por tus méritos, sino que simplemente te dice: “Ven, aquí hay un lugar para ti”. Eso es la Eucaristía: Cristo nos abre su corazón como quien abre su hogar, tal como leemos en el pasaje del libro del Apocalipsis en el Nuevo Testamento: “Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguien oye mi voz y me abre, entraré y cenaré con él, y él conmigo” (Ap 3:20).
5. Creo que un bello resumen acerca de lo que significa la Eucaristía se encuentra en la comunión fraterna, el compartir el pan y el rezar juntos, como nos lo recuerda el libro de los Hechos de los Apóstoles al relatar cómo vivían las primeras comunidades cristianas: “todos eran constantes en escuchar y en vivir en comunión fraterna, en partir el pan y en asistir a las plegarias” (Hch 2,42). La Eucaristía hace la Comunión y es un encuentro con el Resucitado y con todas las causas nobles de la humanidad y con los bienaventurados del Evangelio.
6. No importa si llegamos con el alma despeinada con el paso cansado o maltratados por la vida y sus penurias; Jesús nos espera con una sonrisa que abraza. En un mundo donde tantas puertas se cierran, el Domingo nos regala esta certeza: siempre hay un sitio para nosotros, hombres y mujeres de fe, en la mesa de Dios. La Eucaristía, expresa y contiene a la Iglesia, pueblo de Dios, una Iglesia sinodal, de puertas abiertas que acoge a todos, especialmente a los pobres y a aquellos que no dejan de soñar y esperar un mundo nuevo. Nos reúne a quienes nos reconocemos pecadores, pero amados y perdonados por el Dios de la misericordia (cf. Lc 15, 11-32).
7. Sin embargo, no podemos olvidar que el Domingo es, ante todo, el día de la Pascua, el recuerdo vivo de la Resurrección de Jesús. Cada vez que entramos al templo y escuchamos “¡El Señor ha resucitado!”, hacemos presente esa victoria de la vida sobre la muerte (cf. Lc 24:6). No es solo una conmemoración histórica,

sino la celebración de una nueva creación en la que Cristo, al vencer el pecado y la muerte, nos abre el camino de la esperanza (cf. CIC 1166). De este modo, la Eucaristía se convierte en el latido de la fiesta pascual, actualizando el Misterio de la Pascua en cada liturgia dominical, y dándonos la fuerza de la Resurrección para vivir nuestra fe con alegría y compromiso.

8. Así como una familia se sienta a la mesa para compartir la vida, la Eucaristía es la gran Cena de la comunidad cristiana. No es un simple ritual, sino el encuentro con Cristo vivo que nos reúne y nos fortalece. Hoy vivimos tiempos en los que muchas familias han perdido la costumbre de reunirse y sentarse a compartir juntos en la mesa. El ajetreo diario, la tecnología, las redes sociales y las múltiples preocupaciones nos han alejado de esos momentos de comunión sencilla y profunda. Sin embargo, sabemos que compartir el pan en familia fortalece los vínculos, genera confianza y nos da identidad. Del mismo modo, la Eucaristía nos une y nos devuelve el sentido de pertenencia al pueblo de Dios, como dice San Pablo en su carta a los cristianos de Corinto: “Siendo un solo pan, todos formamos un solo cuerpo” (1 Cor 10,17).
9. La Eucaristía no es un acto privado, individual, ni solo de algunos privilegiados; por el contrario, es una experiencia de comunión con toda la Iglesia, un reflejo de la oración de Jesús: “*Que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti*” (Jn 17,21). Es la Comunidad creyente convocada en oración la que celebra la memoria de Cristo. La celebración dominical nos recuerda que no estamos solos en el camino de la fe, sino que formamos parte de un pueblo que camina junto, sostenido por la gracia de Dios (cf. CIC 1369). Cuando nos reunimos en comunidad, experimentamos la alegría de ser parte de una gran familia, en la que cada uno es un hermano y una hermana, sin diferencia alguna.
10. Cada domingo, Cristo nos invita a su mesa, nos acoge con misericordia y nos ofrece alimento para el camino. Recordemos cómo Jesús comía con pecadores y publicanos, diciendo: “*No he venido a llamar a justos, sino a pecadores*” (Lc 5,32). ¿Cuántas veces nos ha pasado que llegamos a la Misa distraídos, cansados o con el corazón dividido? Es importante que preparemos nuestro espíritu, para este encuentro con Dios, abriéndonos a su gracia y permitiendo que Él nos transforme desde adentro.

11. Preguntas para reflexionar y dialogar

- ¿Qué siento al cruzar la puerta para ingresar al templo el Domingo? ¿Voy a Misa por rutina, o porque sé que alguien me espera con los brazos abiertos?
- ¿Qué podemos hacer para que la comunidad cristiana sea un espacio de acogida y fraternidad para todos?
- Si Jesús me invitara a su mesa hoy, como lo hizo con Zaqueo en aquel entonces: “Baja pronto, porque hoy tengo que hospedarme en tu casa” (Lc 19,5), ¿cómo me prepararía para ese encuentro?



II. La historia de salvación y la comunidad (La Mesa de la Palabra)

12. La primera parte de la celebración de la Misa es semejante a una mesa compartida. La mesa familiar compartida, fiesta de humanidad y de eternidad, en un ambiente de diálogo e intercambio en familia, o con amigos. Cuántas conversaciones han estado marcadas por la alegría o, por el contrario, por el dolor y el sufrimiento. Cuántas veces hemos abierto el corazón, permitiendo que el otro entre en nuestra interioridad. Puedo afirmar que, en numerosas ocasiones, la palabra compartida, es decir, la vida compartida, ha quedado en el corazón y en el alma. Reconocemos en la conversación sincera un signo sacramental, que evoca momentos inolvidables.
13. Asimismo, cada Domingo nos encontramos con la Palabra que alimenta nuestra vida y nos ayuda a comprender el sentido de nuestro caminar. Desde la experiencia de los primeros cristianos, la celebración eucarística ha sido el momento privilegiado para escuchar la Palabra de Dios y reconocer su acción en nuestra historia. La Sagrada Escritura nos narra cómo Jesús compartía la mesa con pecadores, publicanos y marginados; haciendo de cada comida un espacio de acogida y de transformación, como aquella vez en que *“los discípulos lo reconocieron al partir el pan”* en Emaús (Lc 24,31). La Eucaristía es un acontecimiento comunitario, un lugar donde la historia de salvación se actualiza en nuestra vida.
14. En la mesa de la Palabra, Dios nos habla y nos invita a dejarnos interpelar por su mensaje. Sin embargo, no basta con escuchar pasivamente las lecturas; estamos llamados a interiorizar la Palabra y aplicarla en nuestra vida cotidiana, tal como nos exhorta la carta de Santiago: *“Lleven a la práctica la palabra y no se limiten a escucharla”* (St 1,22).
15. La Sagrada Escritura es el alimento de nuestra fe. Así como el cuerpo necesita alimento para mantenerse fuerte, nuestra vida espiritual se nutre de la Palabra de Dios. Sería hermoso que cada uno de nosotros, al regresar del templo, dedicara un tiempo a meditar lo que hemos escuchado en las lecturas bíblicas, dejando que esa Palabra ilumine nuestros pensamientos, nuestras decisiones, nuestras obras y nuestra relación con los demás. Se trata de hacer nuestra la experiencia del salmista: *“Tu palabra es lámpara para mis pasos”* (Sal 119,105).
16. Pensemos en la Palabra de Dios como una carta escrita a mano, enviada en un sobre desde el cielo y dirigida a nuestro nombre. Cada Domingo, al abrirla,

descubrimos que no es una historia lejana, sino nuestra propia historia: la de un Dios que camina con nosotros y en medio de su pueblo, que nos conoce por nuestro nombre y nos susurra aliento, esperanza y lo que cada uno necesita para caminar, vivir y hacer frente a sus luchas cotidianas. ¿Y si lleváramos esa carta en el bolsillo toda la semana, y la sacáramos en los momentos de dudas o de alegrías para recordar quiénes somos, qué pasaría?

17. Preguntas para reflexionar y dialogar

- ¿Estoy realmente dispuesto y de corazón abierto a recibir la Palabra de Dios y permitir que transforme mi vida?
- ¿Cuánto tiempo de la semana dedicamos a para reflexionar sobre lo que Dios nos ha dicho a través de su Palabra?
- ¿Qué frase de la Palabra en la Misa del último domingo, podría llevar conmigo esta semana como una lámpara para iluminar mi camino?
- ¿Cómo podríamos ayudar a quienes no comprenden las Sagradas Escrituras, para que ellos descubran su riqueza?



III. La presencia sacramental de Cristo (La Mesa del Pan y del Vino)

18. Fuimos pensados y creados por Dios para la fiesta, para celebrar, para alegrarnos, para el encuentro. En tu vida podemos reconocer cuánto pan y vino hemos compartido, que nos han posibilitado la alegría y el júbilo. Cuántos proyectos y sueños celebrados en familia y amigos en torno a la mesa. Alimento compartido que evoca realidades que hacen la diferencia y quiebran la rutina y la inercia.
19. Lo mismo pasa cada vez que celebramos la Eucaristía, entramos en un misterio profundo, donde el Señor se nos da en el pan y en el vino consagrado. No se trata de un simple símbolo, sino de una realidad viva que transforma nuestra existencia, como Jesús lo afirmó diciendo: *“El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el último día”* (Jn 6,54). Cada vez que comulgamos, es como si Jesús nos tomara de la mano y nos dijera: *“No estás solo, yo voy contigo”*. Ese pedacito de pan y ese sorbo de vino son más poderosos que nuestras tormentas, porque llevan dentro la vida misma de Dios. Y mientras Él se queda en nosotros, nos pide algo sencillo pero revolucionario: que dejemos su huella en cada abrazo, en cada gesto de bondad, en cada puerta que abrimos a los demás.
20. En esta mesa de eternidad, todos somos bienvenidos. Nadie sobra, y no hay distinciones ni privilegios, porque Cristo nos acoge a todos por igual. La Eucaristía nos desafía a ser una comunidad abierta para todos, que incluye a los pobres, a los marginados, a los migrantes y a todos los que sufren. Así como en la multiplicación de los panes, donde *“todos comieron y se saciaron, y aún sobró”* (Jn 6,12-13), la Eucaristía nos recuerda que Dios es abundancia. Nos enseña a compartir, a mirar más allá de nosotros mismos, a ser testigos de su amor en el mundo.



21. La Eucaristía realiza la unidad de la Iglesia, aspecto que expresa claramente el Sínodo de los Obispos en el Documento final de la XVI Asamblea Plenaria, en el numeral 26 que dice lo siguiente: “La celebración de la Eucaristía, especialmente el domingo, es la primera y fundamental forma en la que el Pueblo Santo de Dios se encuentra y reúne. Por medio de la celebración eucarística, “se significa y se realiza la unidad de la Iglesia” (Unitatis Redintegratio 2. Concilio Vat. II). En la “participación plena, consciente y activa” (Sacrosanctum Concilium 14) de todos los fieles, en la presencia de los diversos ministerios y en la presidencia del Obispo o Presbítero, se hace visible la comunidad cristiana, en la que se realiza una corresponsabilidad diferenciada de todos para la misión. Por eso la Iglesia, Cuerpo de Cristo, aprende de la Eucaristía a articular unidad y pluralidad: unidad de la Iglesia y multiplicidad de asambleas eucarísticas; unidad del misterio sacramental...; unidad de la celebración y diversidad de vocaciones, carismas y ministerios...Cada celebración de la Eucaristía es también expresión del deseo y de la llamada a la unidad de todos los bautizados, que todavía no es plena y visible. Donde no es posible la celebración dominical de la Eucaristía, la comunidad, deseándola, se reúne en torno a la celebración de la Palabra, donde Cristo sigue estando presente”
22. Recibir a Cristo en la Sagrada Comunión es un acto de profundo significado. Es reconocer que necesitamos de Él para vivir, que sin su gracia estamos incompletos, como lo afirma el concilio Vaticano II: “*La Eucaristía es fuente y culmen de toda la vida cristiana*” (Lumen Gentium n.11). Pero también es un compromiso: no podemos recibir el Cuerpo de Cristo y al mismo tiempo cerrar nuestro corazón al prójimo; porque “*el que no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve*” (1 Jn 4:20). La Eucaristía nos empuja a salir de nosotros mismos y nos lleva a servir con generosidad y a buscar la unidad y la comunión fraterna con nuestros hermanos.



23. Les comparto un texto de san Francisco de Asís, en el que manifiesta su experiencia contemplativa respecto a la Eucaristía:

“¡Tiemble el hombre entero, que se estremezca el mundo entero, y que el cielo exulte, cuando sobre el altar, en las manos del sacerdote, está Cristo, el Hijo del Dios vivo (Jn 11,27)!

¡Oh admirable celsitud y asombrosa condescendencia! ¡Oh humildad sublime! ¡Oh sublimidad humilde, pues el Señor del universo, Dios e Hijo de Dios, de tal manera se humilla, que por nuestra salvación se esconde bajo una pequeña forma de pan!

Vean, hermanos, la humildad de Dios y derramen ante él sus corazones (Sal 61,9); humíllense también ustedes para que sean ensalzados por él (cf. 1 Pe 5,6; Sant 4,10). Por consiguiente, nada de ustedes retengan para ustedes mismos, a fin de que los reciba todo enteros el que se les ofrece todo entero”. (Carta a toda la orden, 26-29)

24. Preguntas para reflexionar y dialogar

- ¿Cómo he vivido mi relación con la Eucaristía a lo largo de mi vida? ¿Ha cambiado en algo?
- ¿Qué diferencia podemos percibir entre asistir a Misa por costumbre, como mero oyente y asistir con una participación plena en la celebración?
- ¿Qué cambiaría en tu vida si dejaras que Jesús, al que recibes en la comunión hablará a través de tus palabras y sirviera a través de tus manos?



IV. Continuar la vida y la esperanza (Rito de Envío)

25. Todos hemos experimentado ese deseo de que la fiesta no termine, pero inevitablemente llega el momento de la despedida. Es necesario partir para abrir paso a la posibilidad de reencontrarnos. La persona se va, pero lleva la fiesta consigo: en su cuerpo, en su mente y en su corazón
26. La Misa, de igual modo, no termina cuando salimos del templo; más bien, ahí comienza su verdadero significado. Cada Eucaristía es un envío que nos fortalece, para ser discípulos en el mundo, para construir el Reino en nuestras familias, en el trabajo, en la sociedad tal como Jesús nos mandó: *“Vayan y hagan discípulos a todas las naciones”* (Mt 28,19). Salir de la Misa es como encender una pequeña vela en la oscuridad del mundo. No hace falta que sea un fuego inmenso; basta con que alumbré un rincón: una conversación amable en casa, un café compartido con alguien que está solo, un “gracias” que devuelva la sonrisa a otro.
27. Los primeros cristianos sabían que esa pequeña luz valía más que su propia vida. Hoy, en un mundo que a veces parece apagarse, ¿no es hermoso pensar que la Eucaristía nos enciende, para brillar en medio del mundo durante toda la semana?
28. El envío al final de la Misa es una prolongación de ésta y es un recordatorio de que debemos ser luz en medio del mundo, tal como Jesús nos dijo: *“Ustedes son la luz del mundo”* (Mt 5,14). No podemos guardar para nosotros lo que hemos recibido; estamos llamados a ser testigos del amor de Dios. Cuando vivimos con coherencia nuestra fe, entre lo que profesamos y obramos, cuando somos instrumentos de paz y reconciliación, estamos prolongando la Eucaristía en la vida diaria.
29. Vivir la Eucaristía es experimentar el ser enviado a anunciar el Evangelio, promoviendo, como lo hizo Jesús, la solidaridad y el amor compasivo y misericordioso por los hermanos en los lugares donde vivimos, donde experimentamos alegrías y sufrimientos, donde somos familia. El fruto de la Eucaristía y de una vida eucarística es el amor, la comunión, nuestro compromiso con el Reino de Dios y su Justicia (Mt 6,33). Dicho de otro modo, nosotros somos eucaristía cuando realmente nos comprometemos a ser otros cristos, cuando formamos comunidad que se reúne teniendo a Cristo en el centro.
30. Los primeros cristianos arriesgaban su vida al reunirse para celebrar el Domingo, porque entendían que sin la Eucaristía y sin el Domingo no podían vivir. Hoy no

enfrentamos persecuciones, pero sí vivimos en un mundo donde la trascendencia se desvanece y la fe parece volverse irrelevante. Conscientes de esta realidad, no podemos dejarnos vencer por la tentación de hacer de la Eucaristía y del Domingo, un puro sacramentalismo vacío y sin una incidencia concreta y práctica en nuestra vida, sino, que debe ser un acto de fe comprometida. Si no hay procesos de conversión y cambios en la vida, la Eucaristía pierde su sentido; la domesticamos, como tantas otras cosas, y la reducimos a una mera acción ritual sin consecuencia vital. Nuestra vida sigue igual que antes, sin que nada cambie en nosotros.

31. Preguntas para reflexionar y dialogar

- ¿Qué significa para mí la frase “Sin el domingo no podemos vivir”?
- ¿A dónde puedo llevar y compartir la luz de la Eucaristía esta semana? ¿Qué gestos puedo realizar, para que alguien más sienta en su vida la cercanía amorosa y compasiva de Dios?
- ¿De qué modo y a través de qué medios puedo invitar a otros a redescubrir la belleza de la Misa dominical?





Orientaciones Pastorales sobre algunos aspectos de la celebración de la Eucaristía

1. El carácter fraterno y festivo de la Eucaristía

32. La Eucaristía no solo es un encuentro personal con Dios, sino también un encuentro entre hermanos. Es en la Misa donde aprendemos a vivir la fraternidad cristiana, reconociendo en los demás el rostro de Cristo (*“Lo que hicieron a uno de estos pequeños, a mí me lo hicieron”*, Mt 25,40). Jesús compartía la mesa con pecadores y excluidos, afirmando: *“Los sanos no necesitan médico, sino los enfermos”* (Mt 9:12), mostrando así que en la familia de Dios nadie es descartado.
33. Asimismo, la Eucaristía no es únicamente un rito sagrado; es una fiesta de la comunidad, un anticipo del Reino de Dios, donde cada uno es bienvenido y amado (*“He preparado un banquete y todo está listo”*, cf. Mt 22,4). Por ello, una comunidad que celebra con alegría y en comunión, se convierte en un signo visible del amor de Dios.
34. ¡El domingo es como una fiesta sorpresa que Dios prepara cada semana! No es una obligación a cumplir, sino una invitación a compartir, a celebrar, a reír, a cantar y a reencontrarnos como familia. Con fe y buena voluntad podemos hacer que la celebración de nuestras misas sea verdaderamente un lugar donde el corazón se sienta en casa, donde el canto levante el ánimo y donde tanto un niño pequeño como un anciano solitario encuentren su espacio. Porque la alegría de la Resurrección, como dice san Pablo, es *“la certeza de que Cristo ha vencido la muerte”* (cf. 1 Cor 15,54-57), no es un recuerdo añejo, ¡es una fiesta que sigue viva!

35. Sin embargo, en muchas comunidades la celebración eucarística se ha convertido en algo rutinario, monótono o distante, cargadas de ritualismos sin sentido, de individualismo. Por ello es crucial revitalizar nuestras celebraciones comunitarias, para que se conviertan en experiencias transformadoras y significativas. Ahora bien, ¿Cómo lo podemos hacer para que la celebración de nuestras misas sea más viva, fraterna y significativa?:

- Recuperando el sentido de la fiesta en la liturgia: que la música, los gestos y las palabras reflejen el gozo de la Resurrección.
- Creando un ambiente de acogida real: donde cada persona se sienta valorada, amada y esperada.
- Favoreciendo la participación de todos: especialmente de los niños, jóvenes y familias, como pueblo sacerdotal (*“Ustedes son linaje elegido, sacerdocio real”*, 1 Pe 2,9).

36. Preguntas para reflexionar y dialogar

- ¿De qué manera la Eucaristía fortalece el sentido de comunidad en nuestra parroquia?
- ¿Qué gestos o prácticas sería necesario incorporar, para hacer de la Misa un verdadero encuentro fraterno?
- ¿Cómo podemos ayudar a reencontrarse con la celebración eucarística a quienes se sienten distantes de la Iglesia?



2. La Eucaristía y la praxis de Jesús

37. Las comidas de Jesús eran momentos de inclusión, misericordia y fraternidad. Jesús no ponía límites en su mesa; la abría aquellos que otros rechazaban, como cuando *“se sentó a la mesa con publicanos y pecadores”* (Mt 9,10). Hoy Él nos pide lo mismo: que nuestra Eucaristía sea un eco de esas comidas donde un mendigo encontraba dignidad, un extranjero hallaba un hogar y un pecador encontraba acogida. ¿Reflejan nuestras comunidades este mismo espíritu? ¿Sería maravilloso que las comunidades de la parroquia fueran conocidas como lugares donde nadie se sienta “que sobra”!. Que la Misa sea la expresión de celebraciones festivas, que permitan el nacimiento de nuevas realidades humanas.
38. Jesús no celebraba banquetes exclusivamente con quienes cumplían con las normas religiosas, sino con aquellos que necesitaban amor, restauración y liberación. (*“No he venido a llamar a justos, sino a pecadores a la conversión”*, Lc 5,32). La Eucaristía, como banquete del Señor, nos interpela a abrir nuestras puertas y corazones a todos, sin distinciones. Celebrar la Eucaristía a la luz de la praxis de Jesús, significa hacer de la Misa un espacio donde el mensaje del Evangelio se encarne en la vida de la comunidad. No debemos olvidar que, para Jesús, compartir la mesa significaba restituir la dignidad de las personas, romper barreras de exclusión y sanar corazones heridos, como cuando lavó los pies de sus discípulos: *“Les he dado ejemplo, para que hagan lo mismo que yo he hecho”* (Jn 13:15).
39. Jesús nos invita a vivir con coherencia entre lo que celebramos en el altar y nuestras acciones diarias. Por ello, la Eucaristía nos impulsa a ser comunidades constructoras de justicia, de paz y reconciliación. Si vivimos la Misa con autenticidad, nuestras comunidades deben reflejar esa misma dinámica de inclusión, sanación y transformación social, como nos lo recordaba el Concilio Vaticano II en su Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo de hoy:

“Los gozos y las esperanzas, las penas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, especialmente de los pobres y de todos los que sufren, son también los gozos y las esperanzas, las penas y las angustias de los discípulos de Cristo, y no hay nada verdaderamente humano que no encuentre eco en sus corazones. [...] La comunidad de los cristianos se reconoce íntimamente solidaria del género humano y de su historia” (cf. *Gaudium et Spes* n.1).

40. Preguntas para reflexionar y dialogar

- ¿Nuestras celebraciones dan esperanza a quienes llegan con el corazón herido?
- ¿Son las comunidades de nuestra parroquia un espacio donde todos se sienten acogidos sin prejuicios? ¿De qué manera podemos hacer que nuestra comunidad refleje mejor la acogida en la Eucaristía según el estilo de Jesús?
- ¿Qué nos enseña el modo en que Jesús compartía sus comidas sobre nuestra forma de celebrar la Misa?
- ¿Cómo podríamos integrar más decididamente el mensaje de servicio y entrega de la Eucaristía en nuestra vida diaria?



3. Santificar el día del Señor.

41. Un desafío importante que enfrentamos los cristianos hoy en día es la recuperación del sentido de lo sagrado en nuestra observancia del Día del Señor. El Domingo ocupa un lugar de honor en la comunidad cristiana, porque es el día en que nuestro Señor resucitó de entre los muertos. Desde el principio, los seguidores del Jesús resucitado consideraron este día como el más santo de la semana, y nuestra tradición eclesial nos enseña a santificarlo participando en la celebración eucarística de nuestra comunidad, evitando el trabajo innecesario y dedicando nuestro tiempo y atención a los miembros de la familia y a los amigos.
42. El Día del Señor, nos ayuda a comprender por qué un mártir del siglo IV respondía a sus acusadores: “Sine dominico non possumus”, (“No podemos vivir sin el domingo”), refiriéndose a la celebración de la Sagrada Eucaristía en los domingos, prohibida por el emperador, pero que él y sus compañeros decidieron celebrar, incluso al costo de la tortura y la muerte.

43. Preguntas para reflexionar y dialogar

- ¿En nuestra realidad, la celebración de la Eucaristía dominical sigue siendo una necesidad vital en nuestra vida?
- ¿Cómo podemos recuperar el sentido del tiempo sagrado, el sentido de la transcendencia, para que nuestro corazón no esté solo habitado por la preocupación del trabajo, las compras, los deportes, las redes sociales o por otras entretenimientos?
- ¿Cómo es posible recuperar y repensar la vida, y así consagrarnos a la “Gracia y a la Belleza de la Eucaristía” sin conformarnos con las distracciones que el mundo nos ofrece hoy?



4. La brevedad y claridad del mensaje

44. Otro desafío en nuestras celebraciones es la comunicación efectiva del mensaje de Cristo. Me dirijo a los sacerdotes, ministros de la Eucaristía: una homilía no necesita ser un libro entero; a veces, una sola palabra dicha con amor puede cambiarlo todo. Como cuando Jesús dijo “*Levántate*” a un paralítico (Mc 2,11) o “*Ven*” a un pescador (Mt 4,19). Que nuestras palabras en la Misa sean así: pocas, pero llenas de vida, como semillas que brotan en el corazón de quien escucha (“*La semilla es la palabra de Dios*”, Lc 8,11).
45. Las homilías largas, teóricas o distantes pueden hacer que la Palabra de Dios no llegue al corazón de las personas. El Papa Francisco nos anima a que las homilías sean claras, breves y concretas, que hablen a la vida de las personas y les ayuden a encontrarse con el Señor (*Evangelii Gaudium* 137-159). No olvidemos que en el origen griego de la palabra homilía se encuentra el verbo *homiléō*, eso significa conversar. Eso nos recuerda que la homilía no es un sermón, sino un momento de diálogo, de compartir en torno a la Palabra de Dios y su actualización en la vida de la comunidad cristiana.
46. En este sentido:
 - Es clave que los sacerdotes preparen bien las homilías, teniendo en cuenta la realidad de la comunidad.
 - Es importante recordar que la Eucaristía no es un curso de teología, sino un espacio para experimentar el amor de Dios, el encuentro de Dios con su pueblo.
 - Se debe evitar el exceso de formalismo en la liturgia, despejándola de ritualismos que la ahogan, buscando siempre que sea comprensible y significativa para todos.
47. No basta con que las homilías sean breves; también deben ser significativas. Deben estar enraizadas en la vida cotidiana, en los problemas que afectan a las personas y en sus esperanzas. Una homilía bien preparada, capaz de relacionar la vida de la comunidad con la Palabra de Dios y estar en sintonía con lo que vive y sufre la Iglesia reunida, puede ser una semilla que transforme corazones.
48. Los invito a hacer de la liturgia en su conjunto, un espacio de proclamación viva de la fe, en el que la Comunidad cristiana, como una familia, acoge, celebra, comparte y hace memoria del acontecimiento de Jesucristo pobre, crucificado y resucitado.

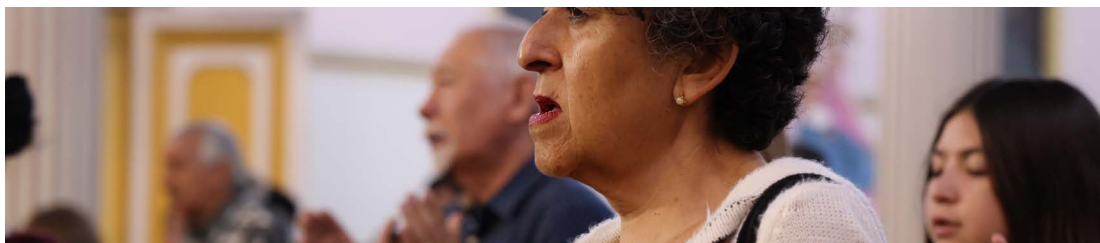
49. Preguntas para reflexionar y dialogar

- ¿Cómo podrían los sacerdotes mejorar la calidad de las homilías, para que realmente alimenten la fe y la vida de la comunidad?
- ¿De qué manera el lenguaje de la liturgia puede ser más accesible y cercano sin perder su riqueza espiritual?
- ¿Qué elementos de nuestra Misa actual facilitan o dificultan que las personas comprendan y vivan el mensaje de Cristo?
- ¿Cómo lograr que la homilía sea un verdadero compartir comunitario en torno a la Palabra de Dios y que sea actualización en la vida de nuestra comunidad?



5. La Eucaristía y la vida cotidiana

50. La Misa no es una pausa o un paréntesis en la vida; es el latido o la savia que la hace posible. Cada vez que recibimos la Sagrada Comunión, es como cargar una batería: nos da energía para perdonar cuando estamos heridos, para escuchar cuando estamos cansados, para tender una mano cuando preferiríamos guardarla. El Domingo no se queda en el templo; nos acompaña al mercado, al trabajo, a la mesa del hogar, porque Jesús dijo: *“Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo”* (Mt 18,20).
51. Jesús nos enseñó que la fe no se vive solo en el templo, sino en la calle, en la casa, en el trabajo, en la escuela, en los acontecimientos de cada día. Cada Eucaristía debe ayudarnos a transformar nuestra vida y nuestras relaciones. Es un alimento espiritual que fortalece nuestra alma, para vivir con amor, paciencia, generosidad y perdón. Por lo tanto, no puede haber desconexión entre lo que celebramos en la Misa y lo que vivimos durante la semana.
52. Creo que, para lograr que la Eucaristía se convierta en una fuente de renovación para nuestra vida cotidiana, es necesario fortalecer el sentido del testimonio cristiano (*“Sean mis testigos”*, Hch 1,8), haciendo de la Misa un espacio de discernimiento que renueve nuestra manera de vivir las relaciones humanas, privilegiando el encuentro fraterno (*“Ámense unos a otros como yo los he amado”*, Jn 13,34).
53. Preguntas para reflexionar y dialogar
 - ¿Cómo influye la Eucaristía en mi manera de tratar y de relacionarme con los demás en mi vida diaria?
 - ¿Qué aspectos de mi vida necesito transformar, para que reflejen mejor lo que la Misa nos enseña?
 - ¿De qué manera podemos ayudar a que la comunidad vea la Eucaristía no solo como un acto de culto, sino como una inspiración para el día a día?



6. Espiritualidad Eucarística y Sinodalidad

54. Estas dos expresiones, están íntimamente relacionadas y no se comprenden por separado. Una experiencia bíblica que manifiesta dicha unidad es el relato de los discípulos de Emaús (Lc 24, 31). Este texto presenta algunos elementos que pueden ayudarnos a caminar en la praxis de la sinodalidad en la comunidad eclesial. Los dos discípulos que se alejaban de Jerusalén caminaban juntos (sínodo-caminar juntos, dialogar ante la realidad que se vive). Entonces, Jesús se acerca y camina con ellos, les explica las Escrituras y parte el pan. La escucha de la Palabra les abrió la mente, y la fracción del pan les devolvió la esperanza, la alegría, el gozo y el sentido de la vida. El camino sinodal de la Iglesia es imposible hacerlo sin el encuentro con Jesús y sin la experiencia de la Eucaristía, estos son los pilares fundamentales que sostienen el anuncio salvífico y transformador de la Iglesia.
55. Se ha escrito mucho respecto a la Sinodalidad, y en los últimos dos años se han celebrado dos sínodos de la Sinodalidad en Roma con la participación de representantes de toda la Iglesia. Uno de los elementos aglutinadores es la comunión que brota de la fe en Jesucristo y de la espiritualidad eucarística. Podemos decir que la gracia de la Eucaristía es la comunión con Dios, con los demás, con la Iglesia. Por lo tanto, se puede afirmar que la sinodalidad propia de la naturaleza de la Iglesia, se realiza y se expresa en la Eucaristía, que, como ya se dijo es “fuente y culmen de la vida cristiana” (*Lumen Gentium*, n.12), y por ende, fuente y culmen de la sinodalidad de la Iglesia.
56. Con relación al vínculo que existe entre la Eucaristía y la Sinodalidad de la Iglesia, la XVI Asamblea General ordinaria del Sínodo de los Obispos, el Documento final en el numeral 27 dice: “Existe un estrecho vínculo entre la asamblea eucarística y la asamblea sinodal. Aunque bajo formas diferentes, en ambas se realiza la promesa de Jesús de estar presente allí donde dos o tres se reúnen en su Nombre (cf. Mt 18,20). Las asambleas sinodales son acontecimientos que celebran la unión de Cristo con su Iglesia por la acción del Espíritu... La liturgia es una escucha de la Palabra de Dios y una respuesta a su iniciativa de alianza. La asamblea sinodal es también una escucha de la misma Palabra, que resuena tanto en los signos de los tiempos como en el corazón de los fieles, y una respuesta de la asamblea que discierne la voluntad de Dios para ponerla en práctica...”
57. Que el ardor del corazón y la apertura de mente que los discípulos de Emaús experimentaron en el encuentro con el Resucitado, al compartir la mesa eucarística, también pueda renovar en cada comunidad una comprensión más

profunda de la fe, el amor a la Eucaristía, vivida en la comunión con los demás y en un compromiso con el Reino de Dios y su justicia.

58. La Comunidad de los creyentes, al participar de la mesa del Señor, “*Pan vivo bajado del cielo*”, (Jn 6,51) orienta sus vidas hacia la misión, hacia el envío gozoso del evangelio. Al final de la Misa, todos somos enviados a compartir, a llevar a Jesús, a caminar juntos en la familia, en el barrio, en el trabajo, en todos los ambientes. Lo celebrado en la Misa debe testimoniarse en la vida cotidiana. Del mismo modo, la comunión sinodal está siempre orientada hacia la misión, a predicar el Evangelio hasta los confines de la tierra (Hch 1, 8).

59. Preguntas para reflexionar y dialogar

- ¿Cómo la vivencia de la Eucaristía dominical alimenta nuestra caminar sinodal en la comunidad local y camino diocesano?
- ¿De qué modo la comunidad cristiana va haciendo el camino sinodal en comunión con toda la Iglesia diocesana? ¿Cuáles son los signos eucarísticos que observo en este caminar?
- ¿Se percibe la experiencia de alegría y ardor en el corazón de la comunidad al celebrar el misterio eucarístico en clave sinodal?



7. Dimensión cósmica y compromiso con la creación

60. El domingo es el día de la nueva creación. Celebramos no solo la resurrección de Cristo, sino también la esperanza de un mundo renovado (*“un cielo nuevo y una tierra nueva”*, Ap 21,1). Cada pedazo de pan y cada copa de vino nos relatan una historia: la de la tierra que canta al Creador, la de las manos que siembran y cosechan. Al acercarnos a recibir la sagrada Comunión, nos unimos a esa sinfonía. Cuidar un árbol, apagar una luz que está encendida de más o sonreír al cielo en gratitud por el aire que respiramos, son gestos de agradecimiento al Creador y una manera de participar en la sinfonía que el cosmos le canta por sus maravillas.
61. La crisis ecológica actual nos revela que «el ambiente humano y el ambiente natural se degradan juntos» (*Laudato si'* n. 48). Esta conciencia nos permite comprender que el entorno humano y el natural se conservan y embellecen juntos, de la misma manera. Cuidar la casa común y descuidar la casa interior, nuestro corazón, no es el camino correcto, necesitamos una conversión ecológica e integral al mismo tiempo, porque «la crisis ecológica es un llamado a una profunda conversión interior» (*Laudato si'* n. 217).
62. San Francisco de Asís en el Cántico a las Criaturas, nos recuerda que sólo quien tiene un corazón libre, capaz de detener la lógica del odio y la venganza a través del perdón, puede convertirse en instrumento de reconciliación y armonía, y en profecía de fraternidad. Como Francisco, quien vivió «en una maravillosa armonía con Dios, con los otros, con la naturaleza y consigo mismo» (*Laudato si'* n. 10), estamos llamados a vivir esa fraternidad universal.
63. En cada Eucaristía, hacemos memoria de la obra creadora y redentora de Dios, quien ha dado origen a toda la vida y nos confía el cuidado de la casa común (*“Cultiven y cuiden la tierra”*, Gn 2,15). La Eucaristía nos llama a asumir un profundo sentido de responsabilidad (*Laudato si'* nn. 65-66). No podemos celebrar el sacramento del amor sin comprometernos con la vida y la dignidad de toda la creación, pues *“la creación gime con dolores de parto”* (Rom 8,22). El Papa Francisco nos recuerda que la crisis ambiental es también una crisis espiritual: nos hemos desconectado de la armonía con la naturaleza y con el Creador.

64. La Eucaristía nos desafía a cuidar la creación en tres niveles:

1. Espiritual: Recuperando una visión cristiana de fe y responsabilidad compartida de la creación (*“Todo fue creado por Él y para Él”*, Col 1,16).

2. Comunitario: Fomentando hábitos sostenibles como Iglesia, mediante acciones y obras que fomenten el cuidado responsable del planeta.

3. Compromiso social: Favoreciendo y sirviendo a los más vulnerables, preferencialmente a los pobres, a los más necesitados y excluidos, (*“Lo que hicieron a uno de estos pequeños, a mí me lo hicieron”*, Mt 25, 40).

65. La Eucaristía nos recuerda que todo está interconectado. Por eso, al celebrar la Eucaristía el Domingo, reafirmemos nuestra esperanza en una nueva creación. Pero esta esperanza no es pasiva, requiere que actuemos con responsabilidad, pues no podemos realmente decir que estamos en comunión con Cristo si ignoramos el grito de la tierra y el grito de los pobres, de los más vulnerables, indefensos y débiles (cf. *Laudato si'* n. 2; 49).

66. Preguntas para reflexionar y dialogar

- ¿Qué relación tiene la Eucaristía con nuestra responsabilidad de cuidar el medio ambiente?
- ¿Cómo podemos vivir nuestra fe de una manera más ecológica y comprometida con la creación?
- ¿Qué gestos ecológicos y ambientalistas, podemos incorporar en la vida de nuestra comunidad eucarística?



Palabras finales

67. Finalizo esta Carta Pastoral, recordando una vez más, a los 49 mártires de Abitinia, Túnez, quienes fueron martirizados y ejecutados en el año 304 por el emperador romano Diocleciano por celebrar la misa dominical, dando así su vida por su fe. Con su testimonio afirmaron que el discípulo de Cristo no puede vivir sin el Domingo. Su vida martirizada al igual que la de Jesús, es señal de esperanza y fortaleza en medio de las tribulaciones. Este testimonio, que el Espíritu Santo concede a los cristianos nos habla de la importancia de celebrar y participar en la Santa Eucaristía.
68. Que nuestro peregrinar en estas hermosas tierras del Norte de Chile, especialmente en este año de gracia, sea el de un pueblo que se abraza en la solidaridad y la fraternidad, teniendo como centro la Eucaristía frente a los retos y dificultades que enfrentamos en la vida. Mantengámonos firmes en el ancla de la esperanza que nos da la seguridad en medio de las tormentas (cf. Heb 6,19), haciendo camino esperando la misericordia de Dios y viviendo en el encuentro con nuestros hermanos en el perdón, la reconciliación, la caridad y la justicia, como verdaderos testigos de la esperanza.
69. Tengan ánimo y alegría en sus corazones, encomiando sus vidas y su camino eucarístico a la protección de Ntra. Sra. del Carmen de la Tirana y de San Lorenzo mártir, para que, siguiendo su ejemplo, sean peregrinos, testigos fieles de la fe, en el amor y la esperanza.

Les bendice con cariño su hermano y Pastor

+Isauro Covili Linfati, OFM
Obispo de la Diócesis de Iquique

Iquique, abril del 2025
En el año del Jubileo
del nacimiento de Jesús.



**DIÓCESIS
DE IQUIQUE**